

cos. No obstante, también son los más polarizados ideológicamente. ¿Será que no asignan significados políticos a esas posturas o corrientes ideológicas? ¿Será que su falta de interés político va acompañada de un bajo nivel de partidismo? Según las encuestas aquí utilizadas, ése no es necesariamente el caso. Los jóvenes que hoy tienen 18 años son tan partidistas como las generaciones que les preceden o más: por ejemplo, el 60% de los que tienen 18 años dijo identificarse con uno de los principales partidos políticos, frente al 57% de los que tienen entre 23 y 29 años y al 59% de los que tienen entre 30 y 49 años. Sólo los mayores de 50 años son ligeramente más partidistas que los de 18, con 63%. Por supuesto que hay una clara diferencia en el arraigo que ese partidismo pueda tener entre la generación más joven y la más madura: mientras que 67% de los jóvenes de 18 años reporta que su identificación con un partido político ha sido me-

nor a tres años, es decir, es una identificación política reciente, solamente el 8% de los mayores de 50 años reporta tener una identificación partidista menor a tres años. La gran mayoría de éstos últimos se ha identificado con su partido por mucho más tiempo.

En suma, los jóvenes de 18 años son los principales usuarios de las nuevas tecnologías y, en este uso, lo que sigue siendo una fuerte desigualdad entre hombres y mujeres de generaciones mayores, ahora es un área de dominio claramente femenino. Los jóvenes parecen, en primera instancia, apolíticos y no muy ilusionados con la democracia, pero sus opiniones políticas denotan posturas liberales y sus preferencias ideológicas los muestran más polarizados que cualquier otra generación en estos momentos. Éste es el retrato de los que hoy cumplen 18 años derivado de algunas de las encuestas nacionales recientes.

## Dudas

FEDERICO REYES HEROLES

### Advertencia

La tentación conservadora merodea. Hablar de los jóvenes, de los siempre nuevos jóvenes, siempre raros jóvenes, con actitudes incomprensibles, supone una comparación, de entrada, injusta. Son distintos porque no son como nosotros fuimos. El riesgo de idealizar la propia juventud siempre anda por ahí. Son distintos porque, según nosotros, todavía no comprenden la seriedad de la vida. Nos resulta difícil comprenderlos porque no son como imaginamos que debían ser. La situación se vuelve todavía más tensa cuando rompen esquemas y se lanzan a la aventura de la vida sin retomar por lo menos algo de lo que nosotros consideramos ejemplar. Reaccionamos con injusticia. Lo más fácil es arrojarles nuestra vida encima y, por qué no, también la de sus abuelos. Nuestro mundo contra el suyo, nuestra vida contra la suya.

Cat Stevens logró captar ese desfase de visiones en su celebre melodía *Father and son*. Ése es el reto: la juventud es ruptura, es rebeldía, es búsqueda, es aventura.

Pensar como un joven ha sido un desafío que encontró mítica respuesta en *El guardián en el centeno* de J. D. Salinger. Ahí el narrador es un adolescente que explica su mundo. Lo excéntrico se convierte en el eje. Lo extraño somos nosotros: ese raro mundo de los adultos. Sólo Faulkner se había aventurado en un reto narrativo similar en *El sonido y la furia*. Allí el narrador es un oligofrénico. Con Salinger queda atrás el trillado camino de un adulto explicando los vericuetos de la vida a un joven. En *El guardián en el centeno* el mundo se presenta al revés: la vida del joven tiene una lógica, tiene coordenadas claras, los chiflados son los adultos. Así que quizá lo primero sea tomar con cautela nuestras afirmaciones, mejor hablemos de dudas.

¿De qué hablamos?

Lo inevitable es comenzar por lo evidente. Qué es la juventud, cuándo se acaba. Recordemos la tesis de Desmond Morris en ese texto clásico que lo lanzó a la fama, *El mono desnudo*. El ser humano es una especie atípica. El periodo de dependencia es particularmente prolongado. Un bebé de un año o dos es incapaz de sobrevivir por sí mismo. Necesita de los adultos para todo. Ésa es sólo la dependencia física, la que más rápido se acaba. Por supuesto siempre tendremos el caso de algún menor que logra sobrevivir en condiciones de adversidad, pero será la excepción.

Pero hay otro expediente, el emocional, que puede durar casi dos décadas. ¿Cuándo está una persona preparada para la vida? Por supuesto, no existe una respuesta unívoca, quizá nunca. Pero sí existen huellas claras de cuándo las personas no lo están. Pensemos en el creciente número de suicidio de adolescentes, o en las cantidades brutales de antidepresivos que consumen los jóvenes, además de las nuevas modalidades de encierro y autismo, para no hablar de las muertes evitables.

La tesis de Morris se complementa con la información dura de cómo las crecientes exigencias del mercado laboral apuntan a una mayor educación formal, preparación técnica y profesional. El despegue se está prolongando, de allí que muchos jóvenes permanezcan en los hogares paternos ante la imposibilidad de independencia económica y de algún tipo de vivienda. En el siglo XIX, un muchacho de 16 años en las zonas rurales era visto como un ser con conocimientos suficientes para ganarse la vida. Releamos a Dickens. Hoy a esa edad habría terminado apenas la educación secundaria, totalmente insuficiente para obtener un buen empleo en una sociedad desarrollada.

Las revueltas de hace unos años en Francia de jóvenes sin expectativas laborales claras son un campanazo para muchas naciones desarrolladas y en vías de desarrollo. A pesar de todos los avances tecnológicos los jóvenes allí no se la están pasando bien. En las naciones pobres, no plenamente urbanizadas, rurales, los jóvenes presentan una problemática diferente. Entre ellos la supervivencia sigue siendo asunto de todos los días. Recorde-

mos además que la pirámide poblacional del mundo está en plena transición. La demanda de empleos se acentuará dramáticamente en las próximas décadas. Los ríos humanos de migrantes se incrementarán.

Ese fenómeno está también marcando la vida de decenas de millones. Las migraciones tradicionales campo-ciudad fracturan hogares. Las migraciones internacionales no son la excepción. Por motivos distintos, el siglo XXI enfrenta un problema inédito: la creciente soledad, la que afecta a los viejos en las sociedades desarrolladas; la que enfrentan muchos niños y jóvenes en hogares de padre y madre incorporados al aparato productivo; la que abraza a una nueva generación de solteros que deciden posponer la fundación de un hogar por razones de defensa de su propio consumo, pero también por las dificultades que entraña la crianza en países altamente desarrollados. Los costos de la vida se incrementan sensiblemente, el auxilio doméstico escasea, las horas de trabajo y de transporte absorben el día. Hay poco tiempo disponible para la familia.

#### Terreno minado

Nos acercamos a un terreno peligroso. La defensa de la familia en su estereotipo tradicional ha servido para fines de movimientos muy conservadores que se oponen a las nuevas modalidades de hogares. Los movimientos de izquierda han favorecido las reivindicaciones de las minorías, parejas del mismo sexo, adopción generalizada y, por supuesto, igualdad de género. Todos ellos son planteamientos inevitables para lograr sociedades más tolerantes y justas. Forman una etapa de debate obligado que, sin embargo, no es omnicompreensivo. El tema de la estabilidad del núcleo familiar quedó de lado, por el uso político conservador que se ha hecho de él. Pero los datos duros no dejan duda. La inestabilidad familiar está directamente vinculada con malos rendimientos escolares, con violencia y criminalidad y, por supuesto, con consumo de drogas. Francis Fukuyama, quien es un autor conservador, tiene sin embargo razón al plantear una revisión del tema en su texto *The great disruption*.

En el siglo XXI los jóvenes de naciones urbanizadas, México incluido parcialmente en este grupo, confrontan así una serie de problemas diversos que cruzan por el análisis obligado del núcleo familiar. Los hijos de campesinos están expuestos a la alta probabilidad de una familia afectada por la migración campo-cuidad o la migración, en nuestro caso, a Estados Unidos. Serán también el producto de hogares con bajísimos niveles de escolaridad, en particular la materna que afecta severamente el rendimiento escolar de la próxima generación.

Los hijos de trabajadores típicos de cuello azul que viven en las nuevas zonas urbanas enfrentan la locura propia de los procesos de urbanización generalmente desquiciados y desquiciantes. Los espacios de vivienda de estos nuevos moradores de las urbes, sobre todo los de primera generación, son normalmente angustiantes e insuficientes. La convivencia es muy difícil. Los lugares de recreo y deportivos escasean. La estadística nos muestra que los hábitos alimenticios de los nuevos urbanitas dejan mucho que desear. México es campeón en obesidad infantil (algún campeonato habríamos de tener). Si la madre se ha incorporado al aparato productivo cierto vacío y soledad estarán por allí. La estabilidad del núcleo familiar está amenazada por varios frentes.

#### Entre mitos

El despegue se prolonga por razones externas a los jóvenes. Las casas familiares se vuelven insuficientes para las necesidades de los adolescentes y jóvenes, por ello, en parte, se ven expulsados a las calles. La posibilidad de independencia económica se aleja. La fundación de nuevos núcleos familiares, incluso sin descendencia, también se posterga. Si la independencia económica, el despegue, marcaba en algún sentido el fin de la irresponsabilidad típica de jóvenes, si la fundación de un hogar era un acto de madurez con el que se acababa la etapa previa, pues tendremos que admitir que las fronteras han cambiado.

Otro fenómeno cuyas consecuencias son difíciles de prever, es el que se genera por la postergación del despegue aunada a la tardía intención de fun-

dar un nuevo hogar. Esto ocurre entre los hijos de los trabajadores y empleados, pero también entre los afortunados. Los motivos coinciden, sin embargo, en un punto: garantizar el consumo individual. Los *yuppies* son una expresión de ello. Además, muchas de las nuevas parejas son conscientes de la muy probable corta vida de la relación. La movilidad espacial y otros requisitos laborales acortan el horizonte de la vida en pareja e incluso de la posibilidad de procreación. *El baile de los solteros* lo ha denominado Pierre Bourdieu.

Una palabra, o mejor dicho, dos, han modificado sus implicaciones: dependencia e independencia. La dependencia goza de muy mala fama; un país dependiente de otro difícilmente admitirá su condición. Los alcohólicos o los drogadictos son dependientes. La independencia por el contrario es aplaudida universalmente. Sin embargo, la independencia total es un mito. Todos somos dependientes, en menor o mayor grado, de otros seres humanos y también de sustancias. Nuestra vida afectiva, nuestra estabilidad emocional, cruzan por la dependencia. Pero, a diferencia de lo que ocurría en las sociedades rurales en las cuales los núcleos familiares también eran productivos y por ello aún más autárquicos, hoy esto es imposible. Por el incremento en la esperanza de vida, por la organización misma de los aparatos productivos y de seguridad social, por las características de la vida urbana, hoy las sociedades dependen de un tejido intergeneracional.

Los países cuyas pirámides poblacionales se avejentan, en los que se carece de brazos jóvenes para mantener la planta productiva y el aparato de pensiones en buenas condiciones, necesitan importar esos brazos. Es el caso de España, de Italia y varios otros. Regresemos al tema, la idea de independencia personal nos pudiera estar jugando una mala pasada. Puede haber independencias muy esclavizantes: quien entrega su vida 16 horas al día a una gran corporación no es más libre. En sentido inverso, hay dependencias liberadoras, pensemos en el típico caso de un estudiante que goza de todo el apoyo familiar para facilitarle su despegue. Cuidado con los mitos. Sin embargo de nuevo la tentación de caer en el estereotipo de la familia tradicional ronda.

## ¿Nueva libertad o nuevas ataduras?

Existe una corriente filosófica muy de moda, con autores como Gilles Lipovetsky o Michel Maffesoli a la cabeza, con diferencias entre ellos por supuesto, que defiende la idea de que las sociedades contemporáneas conquistan una nueva libertad. Suena bien. A diferencia de lo que ocurría en los años sesenta, dice Lipovetsky, en que por una desviación de los objetivos de la filosofía el espacio de lo público nos avasalló, ahora la libertad individual predomina, es el rumbo a seguir. Al ocuparnos menos de lo público tendremos más tiempo para lo propio.

El incremento en las opciones de consumo de todo tipo, desde productos duraderos como automóviles hasta culturales, por supuesto, ha ampliado la posibilidad de construir mundos individuales a la medida. Imaginemos las opciones televisivas de nuestros padres y comparémoslas con las que un consumidor promedio tiene hoy. Lo mismo ocurre con la música que cargamos en nuestro iPod. Sin embargo, esa ampliación de la libertad pasa por el consumo. Esos jóvenes que tienen el mundo a sus pies están encadenados a tener ingresos, están encadenados al mercado.

El individuo, dice Lipovetsky, ha salido fortalecido. Suena bien, insisto. Pero también es claro que ha habido una pérdida de interés en lo público. Por ese camino nos podríamos estar encaminando al *demasiado yo*. Lo paradójico es que ese síndrome lo detectó hace años Víctor Frankl, el brillante psicoterapeuta austriaco. El *demasiado yo* produce una neurosis terrible, “noogénica” la denominó Frankl, de hecho, conduce a la pérdida del sentido en la vida que, para Frankl, es central en el equilibrio emocional de las personas.

Uno de los reclamos que con frecuencia se lanzan a los jóvenes es un individualismo extremo difícil de distinguir del egoísmo. Ahora bien, si ese individualismo que tanto defiende Lipovetsky estuviera produciendo jóvenes profundamente felices no habría nada que reclamar, pero no es así. Las crecientes cifras de suicidio de adolescentes, las depresiones generalizadas que quedan plasmadas en la venta galopante de antidepresivos, el creciente presupuesto público dedicado a patologías o desequilibrios de tipo psicológico deben mover a re-

flexión. ¿Por qué insistimos tanto en la independencia como gran logro personal cuando uno de cada tres franceses se lamenta de su soledad? ¿Por qué festejamos al individualismo que, por lo visto, no hace muy felices a los jóvenes?

Viejos solos y abandonados, jóvenes solos y deprimidos, hogares *dinks* (double income no kids) que se desmoronan, jóvenes que nacen en California y a los 16 años son enviados tan lejos como sea posible, digamos Massachussets, porque de no ser así sus vecinos empezarán a cuchichear, una desafortunada crítica a la familia tradicional justo ahora que los jóvenes no pueden despegar tan rápido. La llamada *era del vacío* tiene sus complicaciones para

todos, viejos que viven más, mucho más, y se quedan solos, sin amigos, sin parientes, con una descendencia regada por el mundo. Adultos sin ánimo de tener descendencia o con el ánimo de que la misma se aleje según los cánones establecidos por la sociedad. Jóvenes a los que se les exige mayor preparación que,

sin embargo, no se ofrece en la misma dimensión y que supone gastos, puestos de trabajo escasos que no abren las oportunidades que las pirámides poblacionales demandan. Jóvenes consumidores fuertes de alcohol y drogas que viven pegados a la pantalla en sus diferentes expresiones. Algo de la modernidad no anda del todo bien.

## La nueva compañera

La vida urbana se ha modificado radicalmente en las últimas décadas. La irrupción de la pantalla, y no sólo me refiero al televisor, ha trastocado, para bien y para mal, la vida familiar. El número de horas que los jóvenes, pero también los adultos, pasan frente al televisor se ha incrementado sensiblemente. Robert Putman argumenta en *Bowling alone* que las horas de convivencia han disminuido proporcionalmente, que la conversación entre padres e hijos se ha visto afectada. Hay, así, una nueva soledad que se da en compañía de la pantalla. Recientemente apareció un texto intrigante, me refiero a *I Generation* de Jean M. Twenge. Se trata de un estudio fáctico de la afectación que están sufriendo los jóvenes en Estados Unidos por un uso excesivo de todos los nuevos aparatos que los aíslan del mundo, el iPod incluido.

Por cierto, otra consecuencia no deseable de la multiplicación de aparatos de sonido más el ruido de las zonas urbanas es la sordera y derivados. Un dato: el 75% de los moradores de ciudades industriales padece algún tipo de deficiencia auditiva. Hay estudios entre jóvenes de entre 15 y 25 años de las mismas ciudades en las cuales un 100%, sí 100%, presenta algún tipo de disfunción auditiva. Antes la sordera era típica de los viejos, ahora lo será también de los jóvenes.

José A. Marina, escritor español, presentó recientemente en *El País Semanal*, un material en el cual demuestra que los coreanos ya tienen muchos más contactos virtuales, de todo tipo, que personales. Viven solos y evaden a colegas y amigos o simplemente los suplen por vía de la pantalla. ¿Cuáles serán las consecuencias? Difícil preverlo.

De nuevo, aquí el riesgo es resbalar en posiciones conservadoras que no comprendan las nuevas formas de vida que los jóvenes se dan a sí mismos con apoyo en la tecnología. La televisión es una fuente de información formidable, de ampliación

de la cultura, de conocimientos. El iPod es una maravilla tecnológica que puede potencializar el aprecio y la pasión por la música y las imágenes. Otra vez la pregunta es cuál es el límite.

Nos ocurre como en otras cuestiones. Tenemos problemas de jóvenes pobres, con bajos niveles educativos y por lo tanto condenados a malos empleos y, a la vez, tenemos en las ciudades hijos de trabajadores viviendo en condiciones de hacinamiento, con mejores oportunidades educativas pero no las suficientes como para garantizarles su incorporación adecuada a la sociedad de servicios y eventualmente a la del conocimiento. Y también tenemos los problemas típicos de sociedades industrializadas, sobre todo en las grandes concentraciones urbanas. Drogadicción y alcoholismo, soledad, suicidio de adolescentes, todos son ya síndromes de la sociedad mexicana.

Entenderlos, ocuparnos de ellos y con ellos buscar soluciones, el camino es claro. Pero quizá lo primero sea dejar atrás la típica vanidad de los adultos.

## ¿Juventud saludable?

ENRIQUE RUELAS BARAJAS

Secretario del Consejo de Salubridad General. México.

RAFAEL LOZANO ASCENCIO

Secretario del Consejo de Salubridad General. Profesor del Departamento de Salud Global. Instituto para la Métrica y Evaluación de la Salud de la Universidad de Washington.

En este país, como en muchos otros, estamos acostumbrados a pensar que los jóvenes, por el hecho de serlo, son sanos. Durante muchos años de evolución de la humanidad, la juventud se ubicó en el justo medio, entre la mortalidad infantil y la pronta senectud y la consecutiva muerte. Así, era normal considerar a esta etapa de la vida como ese “divino tesoro” en el que todo es crecimiento, desarrollo de potencialidades y felicidad. En efecto, durante muchos siglos quienes sobrevivían a las muertes prematuras y llegaban a la juventud tendrían que transitar ya sin mayores contratiempos en su estado de salud a través de una vida produc-

tiva que les conduciría hacia una muerte que, en promedio, no llegaría mucho tiempo después de haber iniciado formalmente la vida adulta, si no sucumbían antes a consecuencia de una herida en batalla o a un accidente fatal.

Sin embargo, en los últimos años del siglo xx se manifestó claramente un nuevo patrón. La mortalidad infantil se abatió en prácticamente todos los países en desarrollo y desarrollados, la esperanza de vida aumentó de manera impresionante, muchas más niñas y niños llegan ahora a la juventud, y la mayoría de estos jóvenes llegarán a edades promedio insospechadas hace apenas cincuenta